

## Luis Fabio Xammar y la Vinculación Hispanoamericana

Discurso pronunciado en la velada que la Universidad Nacional de México celebró en el Anfiteatro Bolívar, el 28 de marzo de 1947, para recibir a la delegación estudiantil peruana y entregarle un pergamino de salutación a la Universidad Mayor de San Marcos de Lima, que había designado jefe de la misma delegación al maestro Luis Fabio Xammar, muerto trágicamente en el camino a México.

Señor Rector de la Universidad Nacional de México,  
Señor Embajador del Perú,  
Señoras y señores:

No sé si angustia de ausencia o perfección trágica de una presencia que todos aquí sentimos, nuestro primer impulso es el de saludar a Luis Fabio Xammar, pagarle su muerte con la entrega de México —su obsesionado anhelo, la pasión en que puso su vida—: entrega en el fervor de nuestro abrazo, en la efusión de las palabras que reanuden aquellas charlas de Lima, sólo hace tres meses; y sentirnos ufanos de tener entre nosotros a hombre de tantas prendas y méritos: no el menor, su alto y activo sentimiento de americanidad.

Luis Fabio Xammar: en el vivo dolor de tu tragedia, en el recuerdo de cuantos universitarios mexicanos te conocimos, en esta mutilada pero invicta compañía de jóvenes peruanos que de ti, en mucho, aprendieron el anhelo por este país, la Universidad Nacional de México te recibe solemnemente y te ofrece sitio para que pronuncies,

con la severa elocuencia de la muerte, la lección de toda tu vida, que tuvo por empresa el mismo lema de esta Casa: el Espíritu que habla por nuestra estirpe: el espíritu de los hombres y las cosas hispanoamericanas.

No en balde provienes de la nación, de la urbe, de la Universidad en donde Hispanoamérica conserva una de sus mayores capitales. Como en dos caracoles de maravillosa resonancia, Perú y México guardan la profunda voz, la enérgica pulsación del Nuevo Mundo, engendrado en el corazón de la reina Isabel, en las vesanias y heroísmos de navegantes y soldados, de aventureros y frailes. Tú lo sabías, tú lo sentías, peruano de hueso y sangre, hispanoamericano esencial: te faltaba sentir en carne viva la descarga de lo mexicano; andabas como desintegrado, en espera de completar tu ser en el crisol de esta otra gran capital del espíritu hispanoamericano. Duro precio pagaste; pero ya estás aquí, total, definitivo, entre nosotros, en el almo recinto de la Universidad Nacional del país que fué topia y utopía constantes en tu vivir, hasta morir.

Los mexicanos que, poseídos del mismo anhelo que tú, logran cumplirlo, yendo a vivir la universalidad de América en el Perú, son los mejores testigos que puedan entenderte y dar fe de tu pasión y tránsito. Sin ir al Perú, sin estar en México, nadie comprenderá el misterio hispanoamericano. Aquí, allá, se le toca, se le respira, se le descubre a luz de cabal evidencia.

\* \* \* \*

Para penetrar al Perú, al secreto y significación del Perú, acaso no haya ruta mejor que aquella en que la geografía conjuga con el mito y la historia: es la ruta que viene de Bolivia, surca el sagrado lago, hinca en el valle sagrado por donde corre sus aguas sagradas el Urumabma, baja las venerandas cumbres por Ayacucho, y alcanza el señorial dintorno de Lima.

Con emoción recuerdo la emoción de aquella mañana en que las primeras luces, primero, recortaban la silueta de los montes peruanos, en las aún lejanas, foscas riberas del Titicaca; después, en esplendor creciente, aquellos montes revelaban su fantástica morfología, que lo mismo habla de furias telúricas o insinúa la imaginación de gigantes que dejarían estos restos arqueológicos; pero ya en litoral volaban la gracia y los colores prodigiosos de miles de aves,

luego sembradas en el descanso de la ribera, cuyas montañas fueron abriéndose hasta mostrar en su regazo a Puno, recias las torres de la catedral, que eran signo sensible del puerto y país a que llegábamos.

Emoción de pristinidad al respirar ese aire, aquella mañana; y al saborear el español en labios y gestos peruanos. Emoción solemne al sabernos, al sentirnos en tierras de Perú, no de otro modo que si alcanzáramos el encantado país de las leyendas de infancia. ¡El Perú! Estas las casas, las calles, las gentes, las costumbres de la legendaria nación. Este un ferrocarril peruano, que anacrónica, profanamente, ha de llevarnos por los sagrados caminos que conducen al corazón del imperio legendario, a la santa ciudad de Cuzco. Y esta la peregrinación alucinante, clímax de sorpresas no por esperadas menos maravillosas: la puna; el hallazgo de las llamas con su mirar humano, trémulo; el persistente luto de los indios varones; el religioso perfil de los pueblos; el rebullicio y mercaderías de las estaciones; la sensible variación de los trajes indígenas femeninos y su invariable, asombroso sentido del color, de los colores; las pajizas habitaciones comarcanas de armoniosa traza, rematadas con simbólica combinación de cruces construídas en primor de artificios; el hieratismo de las posturas y la gracia en el andar de los nativos, las cumbres de los Andes al alcance de la mano; el cambio del paisaje a la exuberancia. Ya el aire adensaba esencias de leyenda y misterio. Venía la tarde. Llegaron las sombras. Se acentuaba la solemnidad del paisaje. Era la inminencia de Cuzco, ciudad luego vivida en su esencial nocturnidad; pues acaso desde que ya no es el céntrico santuario del Sol, prefiera la noche para revelarse y hablar.

Del espectáculo externo, sorprendente, pronto alcanzamos la eterna significación universal de esas piedras, que objetivan un momento supremo de la historia humana. Cuzco es uno de los sitios mayores de la tierra. Cuerpo y espíritu tiemblan allí de temor y de amor. La arcaica ciudad torna más humano al peregrino; dicho de otro modo: le revela continentes de sí propio, calidades íntimas que se desconocían; por otra parte, se apodera del alma un hechizo que no es terreno, ni natural; hechizo cuya fuerza crece hasta consubstanciarse sangre y espíritu del forastero, a medida de su familiaridad con aquellas piedras, con aquel rumoroso silencio, con las voces mágicas de aquellas campanas —Catedral, la Compañía, San Francisco, San Pedro, Belén, Santo Domingo, la Recoleta—,

con aquel cerco dramático de montañas, con aquel cielo bajo, con aquellos caminos radiales que conducen a otros tantos sitios solemnes: fortalezas y santuarios, desde Sacsahuaman —en las alturas de la ciudad—, Pisac, Ollantaytambo, hasta las cumbres de Machupichu, donde la palabra humana es derrotada por todos los flancos. La majestad pétrea de estos y otros monumentos enmarca en el esplendor de la naturaleza: cordillera y valles, taludes y umbrías, en contrastes constantes, imponentes. Aquí, allá, pueblecillos risueños o desolados, con plazas anchas, arboladas; con callejas estrechas, en alguno de cuyos portones un manojo de flores rojas anuncia el expendio de chicha; reguero de iglesias que son —total o parcialmente— otras tantas joyas del tesoro comárcano: entre todas, el recuerdo distingue la de Andahuayllas, relicario de un renacentismo por modo mestizo, tanto en su traza arquitectónica como en el fastuoso decorado. Y en todo, la presencia del indio, grave, presagiosa.

Después de Cuzco —ciudad y comarca—, recio, poderoso en su pasividad, imperial, solemne, trágico, religioso; después de Cuzco, Lima, benigna, virreinal, grácil, eurítmica, sabia. Pero juntamente con todas estas notas, predominando sobre ellas, Lima es plantel en que se ha cultivado y se enseña un sentido nuevo de la vida; vale decir: un foco de cultura en que halla síntesis lo autóctono y lo universal.

Si en Cuzco se oye la voz de los siglos y de la sangre, Lima es la dinamo que funde las enseñanzas de Occidente —Grecia, Roma, España— con la mágica herencia de lo indígena.

Por eso en Lima, capital del Perú, se concreta y esplende la importancia de aquella nación; por eso allí se vive en plenitud el sentido de lo iberoamericano; por eso antes quedó dicho que sin ir al Perú, como sin haber estado en México, es imposible aclarar el misterio de nuestra América, que es armonía feliz de lo autóctono y de lo universal, conjugación de la naturaleza propia y del espíritu eterno, mestizaje de la carne y de las formas culturales.

Y si, pues, Perú y México son capitales insignes de Hispanoamérica, su relación debe ser tan estrecha como lo quisieron y practicaron los padres y doctores del Nuevo Mundo en el siglo xvi.

Tal es la importancia de esta visita de universitarios peruanos y tal la magnitud del sacrificio en que pereció Luis Fabio Xammar, desposado con la idea del acercamiento cada vez más estrecho entre

los dos pueblos y entre sus Universidades, crisol de la nacionalidad y de la iberoamericanidad; en cuya prenda, el Rector de esta Casa va en seguida a entregar a nuestros huéspedes un pergamino destinado a la ilustre Casa Mayor de San Marcos, en Lima.

AGUSTÍN YÁÑEZ,  
*Universidad de México.*

